

La mirada de los otros Un reconocimiento

Siempre que avanzo en un libro se lo envió a dos personas, Amaya Elezcano, que fue mi compañera en Alfaguara, y Manuel Longares, el autor de *Romanticismo*. Amaya me dijo, ante los primeros avances que le envié, que había en este libro una historia familiar, cercana, de mi propia autobiografía, y eso le interesaba. Y añadió que todo lo que se escribe aquí acerca del mundo literario, sus paranoias y sus celos, sus egos revueltos y sus platos chinos, eso le alcanzaba de lejos. Ella había dejado ya su puesto de editora, y seguramente eso afectaba a la explicación de su juicio; ella quería vida, no quería que le recordara *aquella* vida.

Manuel Longares, por su parte, me explicó que esa historia familiar que cuento (los primeros años de mi hija Eva, el primer llanto feroz que le recuerdo, la noticia del nacimiento de su hijo Oliver, los primeros llantos de éste cuando ya tuvo capacidad para la rabia, sus primeros juguetes, etcétera), y que a Amaya le resultó por lo menos atrayente, se salía un poco de lo que el libro quería contar, de modo que, o la explicaba bien, o la atenuaba o embridaba, o la retiraba del texto y la usaba para otra cosa.

Así que ambas sugerencias me pusieron en un dilema, pues cuando un autor pide consejo, lo que busca, en realidad, es que corroboren lo que está haciendo. Los despachos de los editores están llenos de historias parecidas: viene un autor a buscar del editor un juicio sobre el manuscrito que ha entregado hace unas semanas o unos días, a veces el día anterior incluso, y quiere, dice, una opinión sincera, es decir, una opinión que se parezca en lo máximo a la suya propia. Así que si la opinión que le da el editor es el producto de una reflexión profesional sobre el manuscrito, y la tal reflexión cae sobre algún aspecto que el editor ha considerado defectuoso, el autor rápidamente sostiene, silencioso hasta entonces pero muy nervioso en su silla, que aquel a quien le acaba de pedir una opinión sincera es en realidad un tipo que no ha sabido entender su obra.

Y aunque el escritor asegure en sus palabras que agradece la franqueza, que tendrá en cuenta esas consideraciones, se irá de allí maldiciendo el día en que pidió ese juicio a un inepto que no ha sabido leer el manuscrito o que lo ha leído como no es debido. Se irá de allí y probablemente se irá de la editorial. A no ser que haya recibido ya el anticipo, y éste sea tan sustancioso como habían soñado él y su agente.

Ésta es una circunstancia que viví como editor muchas veces. Encontré en mi tiempo en ese oficio, que no fue largo pero sí muy intenso, a pocos autores que amoldaran su ego a las exigencias del trabajo editorial, que consideraran la sinceridad, o la franqueza, o, simplemente, el sentido común profesional, partes centrales del oficio que uno debía desempeñar.

En ese tiempo escribí algunos libros breves, de pensamientos o de sucesos que tenían que ver con mi vida, algunos breviaros que se me ocurrieron mientras viajaba en pos de autores, de sus premios y de sus castigos, de sus egos, bregando siempre, detrás de ellos, a favor de sus múltiples corrientes, pues el autor necesita que tú vayas en su corriente para no ahogarse solo, si es que se ahoga, o para que celebres su éxito, si sale a flote. Escribí libros breves; había una mano, como la mano de la que hablaba Juan Carlos Onetti, la mano que avisa; esa mano que me golpeaba cada vez que abordaba un libro grande. Eh, tú, que ése no es tu oficio ahora, ahora te debes ocupar del oficio de los otros.

En ese tiempo fui, pues, como un sonámbulo editorial, y fui también, me parece, como aquel niño de pelo verde que protagonizaba una película yugoslava (de la antigua Yugoslavia) que se titulaba *Viva la República*: el chico estaba en todas partes, no había sucedido en el que no participara, mirando, mirando, siempre allí con su pelo verde.

En esos tiempos en que fui editor, siempre en Alfaguara, multipliqué mi actividad por mil, viví un periodo de ansiedad y de trabajo como nunca antes en mi vida, y seguramente fue porque huía de algo, quizá de un mal recuerdo, de la claridad del día, de la frustración de dejar el periodismo, que fue, desde chico, mi alimento y mi pasión..., en todo caso corría, siempre corría, de noche y de día; hasta que acababan el día y la noche ahí estaba mi sombra persiguiendo a mi sombra. Fui el chico del pelo verde, y, como me decían Manuel Vicent y Arturo Pérez-Reverte, el editor de los platos chinos, siempre manejando en lo alto la obra o los nombres de mis autores, como el chino de los platos en la feria, haciéndolos girar incesantemente... Vicent dice que los platos más altos eran los de Pérez-Reverte y los de Vargas Llosa. No es verdad: el suyo también estaba en lo máximo de la cucaña. Pero él quería más, todos queremos más...

Fueron años muy intensos que me ayudaron a conocer más de cerca la vida de los otros, siendo esta vida la de creadores muy conspicuos que se exigían a sí mismos pureza literaria, la ambición justa o injusta que anida en todos los seres humanos pero que en ellos se manifiesta a flor de piel... Gente común con una enorme inseguridad que el editor está obligado a mitigar.

Como periodista había conocido a muchos de ellos, viejos y jóvenes, y aquéllos se fueron yendo, o envejeciendo más, y éstos fueron envejeciendo convenientemente, o no tanto, adquiriendo las manías de los mayores y siendo ellos mismos personas mayores, y por tanto más distantes, menos frecuentes en el trato, también porque en un momento determinado dejé el oficio, regresé al periodismo, y ya vi, otra vez, las cosas de distinta manera, y a los escritores a los que agasajé los vi en otros lugares o en sitios distintos, y seguramente ellos ya me vieron a mí, o quizá no, como parte prescindible de la propia memoria.

Le pregunté a Jaime Salinas, el editor que hizo de la Alfaguara que habían fundado los Cela Trulock en 1964 la mejor Alfaguara de todos los tiempos, algunos años después de su jubilación como editor, hasta cuándo un escritor quiere a su editor. Y Salinas me respondió en una línea: «Hasta que ya no es su editor».

En todo caso, esas dos vidas son las que he querido contar, la propia y la ajena como si fuera propia, de modo que a medias les hice caso a los dos, a Amaya y a Manuel; hice, como ellos saben bien, lo que cualquier autor hace: simula hacer caso, pero busca un subterfugio para hacer lo que le da la gana. Un libro, al fin y al cabo, es el producto de un sentimiento. Mientras escribí éste tuve encima, siempre, el fantasma del tiempo, la sentencia que pende sobre nosotros hasta en los momentos más gozosos, cuando eres feliz y el porvenir te hace temblar de satisfacción; siempre aparece, en ese momento, el punto oscuro, el recuerdo de la muerte de los otros, la terrible esencia de la vida, que te paraliza y te pone ante ti mismo en la desnudez más absoluta.

De modo que mientras escribí esta memoria, esa sombra apareció muchas veces, y es la razón por la que la vida que ha ido hacia delante, la vida editorial, la vida literaria, la vida que me ha dado el oficio de periodista, ha buscado insistentemente el contrapeso de la vida que viene detrás, la hija, el nieto, Eva, Oliver.

Esa combinación, quise decirle a Manuel Longares, a Amaya Elezcano, y quiero decirles ahora a quienes quieran leerme, es la que explica la presencia aquí de ambos mundos; todos venimos de un mun-

do raro, pero no venimos de un solo mundo raro, y mi vida es la mezcla, a veces atosigante y otras veces muy feliz, de múltiples mundos raros que he tratado de contar aquí usando los materiales de los que están hechas la soledad y la compañía.

Antes de seguir. Le pasé este libro, también, cuando ya estaba casi acabado, a Soledad Gallego-Díaz, mi compañera de *El País*; cuando ella era directora adjunta del periódico, en 1990, me envió a Mónaco, a hacer la crónica de la muerte, en accidente, de Stefano Casiraghi. Me dijo:

—Mira, escucha y haz una historia.

Había dejado de ser redactor jefe de Cultura, así que era un peso amortizado del diario en busca de destino, y en esas circunstancias nadie sabe cuánto se agradece un encargo, cualquier encargo, pues, en periodismo, como en la vida, recibir un encargo es una señal de confianza, una especie de certificado de que estás vivo. Aquél fue el primer encargo que me hicieron. Luego, al cabo de un tiempo, Juan Luis Cebrían, que había sido nuestro director en el periódico, me encargó que dirigiera Alfaguara. De eso trata esta historia, pero quería que constara aquí lo que supuso para mí que Soledad me pusiera a mirar y a escribir.

Los egos y los platillos

En *Egos revueltos* recorrí una experiencia doble, mi vida con escritores y mi vida como periodista. Por este último oficio, que empecé a ejercer hace medio siglo, conocí a muchísima gente de aquel otro oficio sobrevenido, el de editor. Y este trabajo de editor me permitió entender de otra manera el carácter de los periodistas. El editor, por decirlo rápido, es un personaje acostumbrado a escuchar para alimentar el ego desalentado de los escritores. Y el periodista está educado para desconfiar de lo que le cuentan. Son dos figuras contrapuestas cuya conjunción produjo en mí la esquizofrenia que aquí, de un modo u otro, se narra. El periodista culpa, por así decirlo, y el editor es culpable. El periodista es un ojo sobre la sociedad. El editor es un ojo, y punto. De la calidad de su ojo (y de su olfato, y de su tacto, como dice Josep Maria Castellet) depende el resultado de su esfuerzo. El periodista está para contar y para juzgar, el editor está para abrirle el camino a los que quieren contar. Ambos, el editor y el periodista, buscan al público. Y a esos dos oficios dediqué gran parte de la energía que aquí trato de convertir en el relato de una experiencia.

No es lo mismo tratar a un escritor cuando eres un periodista que tratarlo cuando eres un editor. Y el escritor no habla igual con un periodista que con su editor. El periodista trata al escritor como si éste fuera una página (¡o un suelto!) del día siguiente, y querrá que el autor le resuma su vida. Y el escritor le cuenta su vida (o la vida de otros) al editor. El editor ha de ser paciente, el periodista trabaja a impulsos y tiene poco tiempo. Lo que tiene (o ha de tener) el editor es tiempo. El tiempo de los otros (la suma del tiempo de los otros) es el tiempo del editor. Y mientras ejerce esa paciencia de escuchar ha de ser (como dice el ya citado Castellet) un tipo muy bien educado, casi un monje que confiesa.

Egos revueltos trataba sobre todo de los autores en estado puro, de cómo los veía como periodista o como editor, sus impacencias y sus vanidades, su rico anecdotario de soledad y de ilusiones frustradas, su

arrogancia y también su fracaso. En *Egos revueltos* mezclo ambos oficios, la edición y el periodismo. En un momento dado consideré que editar exigía una paciencia y algunas otras actitudes con las que yo ya no me sentía demasiado a gusto; estaba en exceso presente la urgencia de regresar al periodismo como para que sintiera que siendo editor estaba siendo yo mismo. Para ser editor has de estar plenamente en forma, no puedes tener tu cabeza en un oficio y en otro a la vez, y yo ya daba muestras, ante mí mismo principalmente, de las consecuencias de esa esquizofrenia. Fue entonces cuando empecé a notar que tenía mi cuerpo y mi alma alquilados, viviendo en un lugar en el que empezaba a hacer mucho frío, o mucho calor, según lo mires.

Entonces, en 2005, decidí volver al periodismo, después de un periodo de siete años entre una cosa y la otra, pues cuando dejé Alfaguara, en 1998, Jesús Polanco, entonces presidente de PRISA y por tanto de Santillana, consideró que en lugar de regresar directamente a *El País* me ocupara de crear una oficina que él mismo bautizó, la Oficina del Autor, para ocuparme de aquellos autores que requirieran mimo mientras escribían sus libros. Para ocuparse de ellos cuando iban a publicar, o cuando publicaban, estaban las editoriales; Polanco creía que «en el entretanto» sería útil que les organizáramos circunstancias que les alegraran la bolsa y la vida.

Pero eso era parecido a lo que hacía, poner a danzar los platos chinos. No es que fuera cansado o frustrante, aunque también era cansado o frustrante, porque en el mundo editorial, y eso lo he aprendido luego, el papel del editor es el mejor. Mirar desde lejos, aunque mires desde arriba, que no era el caso, es extremadamente aburrido, pues la mayor satisfacción que siente quien publica a otros es el proceso de publicación de un libro, hasta el final y más allá. Lo otro son aditamentos cosméticos que te dejan bien en las fotos, pero no es editar. Es acompañar al editor, y a éste suelen molestarle las sombras. Con toda la razón.

Y al cabo de unos años regresé a *El País*. En 2005 crucé otra vez esa puerta de Miguel Yuste que ha sido, y es, el lugar en el que he desarrollado mi oficio. Tres años más tarde, en Nueva York, mientras hacía una serie sobre el porvenir del periodismo, que ya era víctima de la peor crisis económica y por tanto, de consumo, de la historia, leí en la última página del *New York Times* una noticia que ponía los pelos de punta, teniendo en cuenta que un estornudo allí es una neumonía en el resto del mundo. La noticia decía que los grandes editores norteamericanos habían decidido prescindir de los lectores de manuscritos. Además, y en casos muy específicos, habían «despedido» a algunos de sus autores extranjeros que vendían poco. La crisis que evidenciaban esos datos se

fue complicando en el mercado de las librerías y sumió al oficio (a España, sobre todo, llegó la pulmonía) en una incertidumbre que se igualó con la que ha vivido y vive el periodismo.

Así que los dos oficios, editar libros, publicar periódicos, transcurren ahora por las mismas sendas. Escribí aquella serie (está en un libro que se titula *Periodismo, ¿vale la pena vivir para este oficio?*), en Debolsillo y luego hice otra, para preguntar acerca del porvenir de la edición de libros (que publicó Ivory Press, con el título de *Un oficio de locos*), que aquel día de 2008 se presentaba ya aciago, realmente aciago y no sólo metafóricamente complicado. En ambos casos hablé con veteranos de los respectivos oficios, y todos fueron más optimistas que las noticias de los diarios y que las estadísticas de los distintos gremios: las nuevas tecnologías son ahora un reto, pero los libros y los periódicos se acomodarán en un futuro no lejano a la esencia de los oficios. Los editores seguirán existiendo, los periódicos seguirán publicándose, sobre todo porque habrá (seguirá habiendo) escritores (y lectores) que necesitarán a los editores y porque habrá gente que no pueda digerir la información si ésta no viene avalada por el orden que le imprime el buen periodismo.

Ahora, al escribir *Especies en extinción*, he entendido que si bien jamás me fui del todo del periodismo, tampoco me he ido en absoluto del mundo de la edición de libros. Y de eso, de la melancolía que produce no estar donde has estado, y la de estar donde no estás del todo, nace este libro, continuación de *Egos revueltos*. ¿Veo los egos de la misma manera? ¿Creo que son un peso muerto en la vida de los autores, que la vanidad los lleva hacia abajo o hacia arriba en un ejercicio ciclotómico que supone un martirio para los editores? Lo creo, pero también creo que si no hubiera ego no habría obra; esa dialéctica entre el mimo y la realidad (el otro me quiere más que tú) es la esencia del oficio en el que yo estuve casi como un enviado especial que ahora cuenta esta historia.

Este libro se iba a titular *El diario de un día* porque es también la respuesta que le debía a Toni López Lamadrid, que fue director general de Tusquets. Aquí, más adelante, se cuenta lo que ocurrió, pero lo adelanto para darle sentido de *leitmotiv* a esta referencia. Durante años, Toni, que murió en 2009, me preguntó con la insistencia con la que le quitaba hierro a sus preguntas, de dónde sacaba yo el tiempo para alternar unas cosas con otras, para ocuparme de tantas cosas a la vez. Él lo veía así, y así lo preguntaba. Un día, meses después de la muerte de este gran amigo, mientras buscaba entre libros, cayó de uno de los libros que él me enviaba una tarjeta suya en la que decía exactamente: «Acuérdate de que me debes el diario de un día».

Manuel Vicent y Arturo Pérez-Reverte insistían en que este nuevo volumen se llamara *Platos chinos*. Es, en cierto modo, el diario de un día, si se entiende como una unidad el tiempo que cuenta, con sus obsesiones, sus esperanzas y sus entusiasmos defraudados. Es la crónica del fin de una época en la que las especies en peligro de extinción respiran como peces que están perdiendo el contacto con el agua. El diario de un día de las especies en extinción, podríamos decir.

Volver al periódico

¿Vi las cosas de distinta manera como editor que como periodista, o viceversa?

Primero, hablemos del periodismo, tal como lo veo, tal como lo he vivido; ahí he estado la mayor parte de mi vida, es mi casa.

Ninguna casa es una casa del todo, tiene su ámbito de presidio, de encierro; mi casa ha sido, desde que era muy joven, *El País*, al que le he dedicado treinta y seis años de mi vida, con el interregno de mi época de editor, doce años entre unas cosas y otras.

En esta experiencia gana, pues, el periodismo, en términos estadísticos. ¿Y en afecto? Pues también, aunque no tanto. En el mundo editorial hallé algunos valores que en nuestro oficio pasan como normas pesadas del protocolo: los editores son muy puntuales, cumplen su palabra con los autores, siguen a éstos aunque no sean personajes en alza, o en liza, y, en general, se ocupan de todas las fases de un libro, desde que éste se está gestando hasta que el volumen impreso se envuelve al ser vendido.

Al final de ese trayecto suele haber un editor feliz por la acogida o entristecido por el final de la aventura, pues ésta es su aventura, no sólo la aventura del autor o del libro que aquél ha escrito.

En el periodismo vivimos una vida cuya urgencia nos hace más ligeros u olvidadizos. El artículo, la crónica, la entrevista o el reportaje acaban ese mismo día; su secuela no siempre arranca ni la misma pasión ni el mismo interés; el periódico (el de papel) sirve para envolver pescado o bocadillos de chorizo, y mientras dure en este soporte ésa es la metáfora con la que convivimos. Ése es su destino del día siguiente, envolver embutidos. El periodista lo sabe y ésa es su manera de verlo, aunque a veces simule un interés más grandioso. Exagero, claro, pero toda comparación conlleva una exageración inevitable.

En esos doce años en que fui editor y acompañante de autores, mi mente estuvo en el periódico. No es extraño ahora, sin embargo, que mi mente aquí empiece estando allá, en el mundo editorial. La vida es

así, un juego de afectos que se contradicen... En el caso del periodismo, no dejé jamás de tener contacto con la redacción, de una manera u otra; hubo tiempos en que quise volver, escribía mentalmente, durante las largas reuniones directivas de los viernes, cartas imaginarias de dimisión. No soportaba la administración, la burocracia, y aunque fuera inevitable, me producían sopor y angustia. Un número no valía más que una palabra.

Hasta que volví al periódico, trece años después. Imaginar la vuelta no era lo mismo que volver. Así que al regresar, en junio de 2005, me encontré con que lo que ahora, en 2012, es una realidad que pone en peligro el periodismo, entonces comenzaba a fraguarse: un embrión de crisis que aquellos días se manifestaba, a mi juicio, en el cambio de las costumbres, como consecuencia del uso de técnicas nuevas. Me fui de un periódico en el que había ruido y la gente se comunicaba a gritos en la redacción y en los talleres; me fui en medio de la revolución tecnológica que hacía presagiar (hubo libros sobre ello desde finales de los ochenta) el fin de la era Gutenberg; esa revolución ya estaba en curso y al periodismo del que me había ido no lo iban a reconocer las hemerotecas.

Las nuevas costumbres, que la crisis inmediata empezó a convertir en una parte más de los síntomas, se habían llevado por delante el ruido y la furia de hacer periódicos tal como los conocíamos, y ahora se habían instalado unos automatismos que causaban algunas extrañezas psicológicas a los que veníamos de otros lugares, aunque tuviéramos más o menos reciente la experiencia en el oficio al que regresábamos.

El periódico era *El País*, sin duda, pero había habido un cambio de piel, ésta era más ligera, aparentemente, más acomodada a la velocidad de los tiempos. Y no había que ser un lince para darse cuenta de algunos símbolos de esa nueva mirada que consistía, a veces, en no mirar. En efecto, las pantallas, que producen un efecto adictivo en todo aquel que empieza a usarlas, ya eran las reinas de la Redacción y a las pantallas estaban aferrados los ojos de mis compañeros del periódico. Podías avisarles de que un incendio acababa de destruir el Museo del Prado, que ellos seguirían mirando la pantalla como si en ella residiera la naturaleza misma de la comunicación.

Pero a ese universo regresé, y en ese universo vivo. Es mi periódico, regresé con la ilusión de volver a vivir en él. La mantengo, aunque en los últimos tiempos la palabra ilusión se ha convertido en un vocablo que alude a la historia más que al presente.

Cambio de piel

Cuando fui por primera vez al edificio de Miguel Yuste, en 1976, comprobé que casi todos los redactores, los redactores jefes y los restantes directivos, usaban camisas blancas. Cada uno lleva dentro su mitómano, y entre mis mitomanías está la de convertir en simbólicos algunos detalles que devuelve la memoria. Así que cuando iba a volver me compré camisas nuevas, blancas, como las que vi aquella primavera de 1976 en Miguel Yuste. Y me hice la ilusión de estar abordando una nueva era, siendo otro ese primero de junio de 2005. Creía que era el mismo, más envejecido. Al volver siempre eres otro, para los demás y para tí mismo. Pero aún no lo sabes.

Uno siempre vive la ilusión de ser otro, ésta no es tan sólo una ilusión literaria, borgiana; es un espejismo físico, eso se siente como una picadura de la ingenuidad. Y así me sentía yo, uno nuevo entrando en un nuevo edificio, fabricándome la ilusión de una vida nueva aunque el espejo me devolviera la esencia real de lo que era.

Ese día de junio entré en la sala enorme, rectangular, forrada de madera, rodeada de cubículos donde desarrollaban su tarea los directivos, que era la Redacción; ahí había algunos de los que habían sido mis compañeros, otros disfrutaban, o padecían, distintos destinos, y yo busqué a aquellos a los que ahora tendría que cultivar para desarrollar la otra parte de mi vida como periodista. Una puerta se cerraba detrás, dependía de mí (pero también de ellos) que esta puerta nueva no estuviera atrancada.

Así que me senté ante uno de mis jefes y le pedí trabajo, encargos, los encargos son la esencia del oficio, dime qué debo hacer; uno vive en virtud del encargo, así que mándame hacer algo, estoy aquí para ser periodista otra vez, qué hay, qué puedo hacer, dónde ves que pueda hacer como el niño yugoslavo, cuenta conmigo, puedo ir a todas partes... Es placentera la sensación de volver a ser cuanto has sido; pero una cosa es quererlo todo y otra hallar en el otro la disponibilidad que tú dabas por hecha.

El compañero me miró, aún distraído, y me explicó:

—Escríbeme un *mail*. Sólo registro cuando me hablan por correo electrónico.

No fue cruel, fue descriptivo; su frialdad era tan sólo la señal inequívoca de que ahora el oficio se hacía mejor por correo, aunque éste fuera un correo electrónico; aquellas pilas de papeles que yo guardaba en mi mesa antes de irme de *El País* ya no iban a ser, ya no eran, el paisaje de las redacciones; seguía siendo, en el mundo editorial, parte del alma de las mesas por las que yo había transitado, pero aquí, en el periódico, ya empezaba a romperse esa tradición. Así que, en aquella lógica cibernética, lo que aquel compañero me decía era la traducción de una lógica nueva que yo debía entender.

—Mándame una lista de asuntos, dime qué quieres hacer y yo decidiré.

Escríbeme un *mail*. Lógico, aunque terminante. Ponte a mirar periódicos, temas, no estás aquí para que yo te conduzca.

Me fui de allí como si me hubieran sacado de una piedra de hielo. Era una manera de regresar; podía haber habido otras, y era 2005, cuando empezaba a hacer frío en la calle, el junio más arriesgado de la década; cuando el periodismo ya empezaba a deletrear su futuro con verbos imperfectos yo volvía a un escenario que fue el mío pero que ahora ya exigía otros materiales, más concretos, menos sentimentales.

¿El periodismo no era lo que yo sentía que había sido? Como le dijeron a Alfredo Bryce Echenique y a Adriano González León en un taxi de México acerca de la cerveza Corona («La mejor cerveza de barril embotellada»), esa contradicción «es lo mismo, no más que diferente». «A qué volver, si han volteado hasta el recuerdo...», cantaba Eduardo Falú. Pues allí estaba, volviendo, y a qué volver si han volteado hasta el recuerdo... Un periódico es una esencia, no es un tránsito; cuando te vas te deja un vacío, pero cuando vuelves el vacío también regresa.

El día anterior me había tomado un whisky a solas, en un bar de la calle Santa Engracia con Españolito; había dejado atrás los *mails* de la Oficina del Autor, donde trabajé después de dejar Alfaguara, las carpetas de los escritores que había seguido, las reuniones abstractas sobre el futuro de los libros que no habían sido escritos. En ese sector editorial que abandonaba había un latido que no hacía presagiar, aún, que se acercaba, o dicen que se acerca inexorablemente, el final de los libros de papel, en el mundo de los libros dominaba todavía, me parece, una cierta artesanía, la mirada incluso era artesana aún, y allí estaba yo, bebiendo con artesanía, despidiéndome a mí mismo de otra época en la que a veces también fui feliz. Ya no era un editor, ya era otra vez

un periodista. Pero en medio del camino los dos oficios estaban presentando síntomas de una enfermedad preocupante cuyo diagnóstico se apreciaba en el rostro de sus protagonistas.

En todo caso, mientras me tomaba ese whisky en soledad sentí que aquel trago era una especie de bautismo que anunciaba una vida distinta, que abordaba cuando iba a cumplir 55 años, una edad en la que la gente no debe cambiar de trabajo aunque cambie de vida. Una edad cuya simetría parece el presagio de que ya todo está vendido en lo que se refiere al ámbito de tus ilusiones, es decir, de tu futuro, pues hasta cien puedes contar (si eres saludable o afortunado, como Bertrand Russell o Francisco Ayala), pero a 110 no vas a llegar, seguramente.

Desde que llegué al periódico, desde ese día mismo, sentí que ya había pasado, mucho tiempo atrás, como se dice en el verso de Jaime Gil de Biedma, el último verano de mi juventud. Acaso, por decirlo así, el último verano de la gente que se asomó al periodismo y a la vida más o menos cuando Franco se estaba muriendo, que es cuando, por otra parte, se fraguó *El País*, donde casi todo el mundo tenía 28 años, que era mi edad en 1976, en una época que se había puesto a cero en los calendarios. España era otra, el periodismo era otro, y *El País* no iba a ser diferente. Era otro también, aunque la imagen moral, profesional, histórica, de la cabecera seguía en nuestra memoria como la piel que habitamos.

El sentido de pertenencia

Cuando me fui del diario no me llevé ni archivos ni papeles, ahora volvía otra vez desprovisto de casi todo lo que tuve antes, o de todo lo que tuve hasta ese momento. Venía para ser periodista, otra vez. Periodista en otro tiempo, ¿periodista de otro tiempo? Probablemente. Las nuevas tecnologías habían traído silencio y quietud, y mayor eficacia, un orden mayor en las redacciones. ¿Eso las hacía más frías, menos atrabiliarias o románticas? Probablemente, pero ¿eso era mejor o peor? Eso dependía de ti.

El periodismo de esta época está viviendo una etapa de cambios que no tienen que ver ni con el ruido ni con el humo de los cigarrillos de las viejas redacciones, pues la esencia del oficio sigue siendo la misma. Lo que ha sucedido, como decía Eugenio Scalfari, el fundador de *La Repubblica* de Roma, en aquella serie de entrevistas que hice sobre el porvenir del oficio, es que estaba variando dramáticamente el sentido de pertenencia: pertenencia de los periodistas al periódico y pertenencia de los lectores al medio al que se habían acostumbrado. No era sólo una cuestión de técnica; las relaciones profesionales empresa-periodistas (por simplificar ahí la dicotomía) habían variado sustancialmente; la política y la economía habían sufrido enormes cambios en los tiempos recientes, y el propio periódico había atravesado (y estaba atravesando) vendavales sindicales que alcanzaron su mayor grado de virulencia a finales de 2007, pocos meses después de la muerte de Jesús Polanco.

Cinco años más tarde, ahora mismo, cuando corrijo estas páginas, noviembre de 2012, el vendaval ha sido inmenso, e intenso. Pero en 2007 ya habíamos vivido un episodio turbulento. Los trabajadores habían decidido en asamblea que no salía el periódico, pero la empresa impuso la posibilidad de sacarlo, y lo hizo. En un momento dado del proceso, uno de los compañeros que había convocado la huelga, un líder sindical, apareció en la Redacción dando voces insultantes contra algunas de las personas que se habían sumado (yo estaba entre ellos) a los que contribuyeron a hacer aquella edición menguada.